

¿HAY COMPOSICIONES DE ORIGEN PREHISPÁNICO EN EL MANUSCRITO DE CANTARES MEXICANOS?

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Conserva la Biblioteca Nacional de México en su Fondo Reservado un volumen con varios manuscritos de contenido muy diferente entre sí y en su mayoría en náhuatl. El preciado volumen, que ostenta la signatura o número de registro MS 1628 bis, es conocido generalmente, en razón del primer conjunto de composiciones que en él se incluyen, como *Cantares mexicanos*. El examen del libro es bastante revelador. Podría decirse de él que quien o quienes reunieron allí los varios escritos de que consta, dejaron, quizás sin pretenderlo, un muy interesante testimonio de lo que, en el campo de la cultura, trajo consigo el encuentro de dos mundos.

En efecto, en el libro se halla buen número cantares y otros textos en náhuatl, así como dos más en castellano debidos a fray Bernardino de Sahagún sobre el calendario y el arte adivinatorio indígenas. Entre los textos en náhuatl hay una miscelánea también de escritos de temas cristianos, tales como unos ejemplos tocantes a la eucaristía, un sermón, una meditación sobre la muerte, una biografía de San Bartolomé, una historia de la Pasión y, de un autor profano, una traducción y adaptación nahuas de las célebres fábulas de Esopo.

En lo que concierne a los cantares —aunque hay en ellos, según veremos, muy grandes diferencias de origen, tema y estilística— puede afirmarse que en algunos de ellos cabe percibir elementos de la antigua visión indígena del mundo, creencias religiosas y recuerdos fabulosos e históricos de los nahuas que los compusieron antes de la llegada de los españoles. En esos cantares —a diferencia de otros con clara influencia europeo-cristiana, también en el mismo manuscrito— algo al menos de la antigua oralidad quedó transvasada en lo que Angel María Garibay describió como “la luminosa prisión del alfabeto” (Garibay 1953-1954, I, 15).

En contraparte, en los cantares portadores ya de elementos europeo-cristianos, a veces interpolados o añadidos de varias formas, y ya

plenamente en los otros textos también en náhuatl de índole misional, el proceso de su elaboración exigió un gran esfuerzo lingüístico y epistemológico. Se dirigió éste a expresar en náhuatl conceptos ajenos por completo a la mentalidad indígena. Tales producciones misionales, que a algunos podrán parecer hoy de mucho menor interés, son dignas de atención como tema de análisis en el campo del conocimiento y la comunicación intercultural e interlingüística. A través de ellas pueden estudiarse y valorarse los procedimientos que se desarrollaron para lograr transmitir a gentes de cultura radicalmente distintas ideas, muchas de ellas sutiles y de connotaciones muy complejas. Dicho de otro modo, el estudio de los ejemplos, sermones, biografía de un santo, “memoria” sobre la muerte e historia y reflexión sobre un asunto tan particular como el de la pasión del Dios supremo hecho hombre, puede arrojar luz para explorar los recursos de que dispone la mente empeñada en argumentar para hacerse comprender.

Algunos elementos de la tradición prehispánica

Por su contenido, asuntos guerreros, alusiones a sacrificios humanos, mención de deidades como *Ce-Ollin*, un nombre calendárico de Huitzilopochtli (fol. 6 v.), *Itzpapalotl*, diosa guerrera (fol. 70 r.), *Tonatiuh*, la deidad solar; invocado como *Tlatlauhtonatiuh*, *Chimale*, “Sol rojo, dueño del escudo” (36 r. y 41 v.), *Nanahuatl*, “el Buboso” (58 r.), *Nacxittl*, el legendario señor tolteca (26 v., 27 r.) y, de formas veladas, Huitzilopochtli, mencionado con los nombres de *Huitzitzilin* o *Xihquecholhuitzitziltzin*, hay cantos que deben situarse en el contexto de la tradición prehispánica.

Refiriéndose a la muerte al filo de obsidiana, *itzimiquiztequi*, hablando de los príncipes mexicas Huitzilihuitl y Macuilmalinatzin, se dice, por ejemplo, que se han marchado dejando el agua florida del colibrí, *huitzilxochiatl*, “haciendo espuma aquí en México” (fol. 66 r.). Las referencias al mismo dios, invocado como *Ipalnemoani*, Dador de la vida, que a la vez enciende la guerra y da fuerza a águilas y tigres, son incontables. Se relacionan ellas además con la idea del sacrificio de seres humanos. Una muestra la ofrece un poema en que se exalta al célebre guerrero Tlacahuepantzin. Dirigiéndose a él, se le dice:

Como a un escudo te pintas,
 como a un dardo
 pintas tú a la nobleza, la guerra.
 Luego allá tú te atavías
 con plumas, con tiza,
 te desgranas, Tlacahuepan,

con esto ya vas a Quenonamican,
el lugar del misterio. (fol 23 v.)

La expresión que aquí aparece *timopotonia tizatica*, “te atavías con plumas, con tiza”, es clara alusión al sacrificio humano. En otros cantares se encuentran parecidas formas de mención. Así, por ejemplo en el fol. 25 v. se lee:

Se entreveran las banderas
en el interior de la llanura,
las puntas de obsidiana cual flores de mezquite
se entrecruzan,
la tiza y las plumas están esparciéndose.

Hablar del interior de la llanura donde se entrecruzan las puntas de obsidiana es aludir a los guerreros en pleno combate que pueden convertirse en víctimas del sacrificio ataviados ya con tiza y con plumas. Ideas semejantes se encuentran en otros cantares (fols. 8 r., 17 r., 20 v., 32 r., 40 r., 59 r. y 65 r.).

La mención de héroes y guerreros, como Tlakahuepan y de nobles y gobernantes supremos, todos ellos de tiempos prehispánicos, casi siempre para exaltarlos, es otro indicio que apunta al antiguo origen de determinados cantos. Entre esos personajes sobresalen los *huey tlahtoque* mexicas y casi todos los tezcocanos, algunos tecpanecas, culhuacanos, chalcas, tlaxcaltecas, huexotzincas y de otros señoríos. También se mencionan señores cuya existencia puede documentarse en otras fuentes. Entre ellos están el tezcocano Cuacuauhtzin, el chalca Chichicuepontli, los príncipes mexicas Tlakahuepantzin e Ixtlilcuechahuac, el capitán, también mexica, Temilotzin.

El tema de la guerra y los sacrificios humanos, unido al de la muerte “al filo de obsidiana”, confiere a estas composiciones un acento inconfundible, totalmente distinto del pensamiento europeo cristiano. Y lo mismo puede decirse de las referencias y terminología que aparecen para hablar de la muerte y del más allá:

Nada como la muerte en la guerra,
nada como la muerte florida,
ha llegado
a hacerla preciosa el Dador de la vida.
Lejos la veo, la anhela el corazón. (fol. 66 v.)

Ximoayan, “Lugar donde se hace el descarnamiento”; *Tocenpopolihuiyan*, “Nuestra región en común de perdernos”; *Tocenchan*, “Nuestra casa en común”; *Huilohuayan*, “Lugar a donde se va”; *Quenonamican*,

“Donde de algún modo se encuentra uno”; *Atlecalocan*, “Lugar sin chimenea”; *Mictlan*, “Lugar de la muerte”... son algunos de los nombres con que se designa al más allá. Aparecen ellos al lado de las evocaciones de la guerra y de las dudas angustiadas de quienes —en numerosos cantos— dan salida a preguntas que bien pueden calificarse de metafísicas. Algunas de ellas me dieron fundamento para hablar de la existencia de una filosofía náhuatl.

Todo esto, muy frecuente en no pocos cantares, deja ver que ellos tienen un origen anterior al encuentro con los hombres de Castilla. Y debemos recordar que en estos cantares, así como se interpolaron muchas veces palabras y expresiones de sentido cristiano, tales como Dios, Santa María, angelosme, Dios único y otras más, debieron suprimirse otras que hacían clara mención de los dioses antiguos y sus formas de culto. A pesar de todo esto, el pensamiento y la sensibilidad prehispánicas no pueden dejar de ser percibidos. Por esto afirmamos que una parte de estos cantares proviene de la tradición nahua anterior a la Conquista.

Otro indicio de la antigüedad y arraigo de estas composiciones lo ofrece el hecho, ya notado entre otros por Garibay y Bierhorst, de la repetición de no pocos dentro del mismo manuscrito de *Cantares mexicanos* y en el de *Romances de los señores de Nueva España* e incluso, como ya señalamos, en *Anales de Cuauhtitlán* y en los de Tlatelolco. Tratándose de compilaciones independientes entre sí, la repetición de los cantos, aun cuando sea con algunas variantes, deja ver que eran muy conocidos y conservados como dignos de recordación. Bierhorst proporciona una tabla en la que muestra que al menos treinta y dos cantares aparecen incluidos más de una vez, en todo o en parte, dentro del mismo manuscrito de la Biblioteca Nacional y en el de *Romances* (Bierhorst 1985, 100).

Las interpolaciones de sentido cristiano en los cantares

Desde el siglo XVI notaron varios frailes y otras personas que los nahuas mantenían vivos, e incluso entonaban con frecuencia, algunos de sus viejos cantos. Entre otros escribieron acerca de esto Toribio de Benavente Motolinía, Diego Durán, Bernardino de Sahagún, así como el cronista Francisco Cervantes de Salazar. Sobre lo mismo versan algunas disposiciones del Tercer Concilio Eclesiástico Mexicano celebrado en 1585.

Comencemos con lo que escribió Motolinía hacia 1540. Describió él en varios lugares de su *Historia* los que llama “bailes y danzas” en las fiestas de los indios. Aunque generalmente se refiere a aquellas de

las que tuvo información o alcanzó a contemplar recién llegado a México, atiende también expresamente a su supervivencia. Da asimismo pormenorizada noticia de cómo procedían en los bailes, así como de qué forma eran el acompañamiento musical y el modo de entonar “cada verso o copla [que] repiten tres o cuatro veces y van procediendo y diciendo su cantar bien entonados”. (Motolinía 1971, 383).

Por su parte el doctor Francisco Cervantes de Salazar, que fue rector de la Real y Pontificia Universidad de México y asimismo cronista de la ciudad, notó hacia 1569 tratando “de bailes o areytos de los indios”:

Son los indios tan aficionados a estos bailes que, como otras veces he dicho, aunque estén todo el día en ellos, no se cansan; y aunque después acá se les han quitado algunos bailes y juegos, como el del batey y patol de fríoles, se les ha permitido, por darles contento, este baile, con que, como cantaban alabanzas al demonio, canten alabanzas a Dios que sólo merece ser alabado, pero ellos son tan inclinados a su antigua idolatría que, si no hay quien entienda muy bien la lengua, entre las sacras oraciones que cantan mezclan cantares de su gentilidad. Y, para cubrir mejor su dañada obra, comienzan y acaban con palabras de Dios, interponiendo las demás gentílicas abajando la voz, para no ser entendidos y levantando en los principios y fines cuando dicen Dios (Cervantes, 1914, II, 46).

Relato parecido es el que hizo el dominico Diego Durán cuando en su *Historia de las Indias de Nueva España*, habla de cómo solapaban los indios sus idolatrías en sus fiestas y cantos:

Digo que no se debe disimular ni permitir que ande aquel indio representando su ídolo y a los demás cantores sus idolatrías, cantos y lamentaciones, los cuales cantan mientras ven que no hay quien lo entienda presente. Empero, en viendo que sale el que los entiende, mudan el canto y cantan el canto que compusieron de San Francisco, con el aleluya al cabo para solapar sus maldades y, en trasponiendo el religioso, tornan al tema de su ídolo (Durán 1967, I, 122).

Aceptando, en cambio, la necesidad de que se siguieran entonando y aun componiendo cantares al modo antiguo en loor de los señores indígenas, añade Durán:

Los cuales cantores tenían sus salarios [...] pues no discrepa de lo que se dice del Rey nuestro señor tiene en su capilla y el Arzobispo de Toledo otra, y el otro señor, otra. Lo mesmo sabemos de esta tierra y hoy en día los tienen los señores [indígenas] de los pueblos a su modo

antiguo. Y no lo tengo por inconveniente pues ya no se hace sino a buen fin, para no decaer de la autoridad de sus personas, pues también son hijos de reyes y grandes señores, como cuando lo han sido (Durán 1963, I, 195).

De fecha posterior, 1583, es lo que fray Bernardino de Sahagún consignó sobre la pervivencia de cantares paganos en el “Prólogo al lector” en su *Psalmódia Christiana*, aparecida en México ese mismo año. Señalando que se había insistido en que entonaran sólo preces a Dios y a sus santos, se duele de que

en otras partes, y en las más, porfían de volver a cantar sus cantares antiguos en sus casas o en sus tecpas [recintos comunales] (lo cual pone harta sospecha en la sinceridad de su fe cristiana) porque en los cantares antiguos por la mayor parte se cantan cosas idolátricas en un estilo tan oscuro que no hay quien bien los pueda entender sino ellos solos, y otros cantares usan para persuadir al pueblo a lo que ellos quieren, o de guerra o de otros negocios que no son buenos, y tienen cantares compuestos para esto y no los quieren dejar. Para que se pueda fácilmente remediar este daño, este año de 1583 se han impreso estos cantares que están en este volumen, que se llama *Psalmódia Christiana* en lengua mexicana para que del todo cesen los cantares antiguos (Sahagún 1583, páginas preliminares).

Dos años más tarde, al celebrarse el Tercer Concilio Provincial Mexicano, y dando prueba de que seguían entonándose cantares al modo antiguo, en una de las advertencias del doctor Ortiz de Hinojosa, se expresa lo siguiente:

Porque los indios olviden del todo sus viejos cantares que usaban en su gentilidad, se introduzca un libro de himnos y cantares que compuesto en la lengua mexicana agora el padre fray Bernardino de Sahagún, de la Orden de San Francisco. (Llaguno 1963, 215).

Los testimonios citados muestran ampliamente la perduración más o menos oculta de los que reiteradamente se llaman “viejos cantares”, notándose además sobre su temática que en ellos alaban a sus dioses y a sus antiguos señores o evocan hazañas guerreras y dan salida a creencias que deben quedar en el olvido. Además de estos testimonios hay otros en los que hablan acerca de esos cantares quienes los conocieron, consultaron e incluso aprovecharon en sus indagaciones históricas y también de índole lingüística. Un ejemplo lo ofrece el padre Horacio Carochi en su *Arte de la lengua mexicana* (México, 1645).

La presencia de interpolaciones de sentido cristiano para solapar la verdadera significación de determinados cantares corrobora el hecho el afán indígena de encubrir así lo antiguo.

Quienes, por la presencia de tales interpolaciones han negado tajantemente el origen prehispánico de un cierto número de las producciones incluidas en *Cantares mexicanos*, en realidad no toman en cuenta lo anteriormente expuesto acerca de los elementos de indudable origen prehispánico de que son portadores no pocos cantos. Corresponderá, por consiguiente, a quien los estudie, los traduzca o simplemente los lea, aplicar su ojo crítico para distinguir lo que es de origen prehispánico y lo que no lo es.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BENAVENTE MOTOLINÍA, fray Toribio de, *Memoriales o libros de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, edición preparada por E. O'Gorman, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas.
- 1971
- BIERHORST, John (editor), *Cantares Mexicanos, Songs of the Aztecs*. Translated from the Nahuatl with an Introduction and Commentary, Stanford University Press, Stanford California, 751 p.
- 1985
- Cantares Mexicanos*, edición facsimilar del manuscrito por Miguel León-Portilla y José Moreno de Alva, México, UNAM.
- 1993
- CERVANTES DE SALAZAR, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, edición de Francisco del Paso y Troncoso, 3 v., Madrid, Hauser y Menet.
- 1914
- DURÁN, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, 1867-1880 2 v., México.
- GARIBAY K., Ángel Ma., *Historia de la literatura náhuatl*, 2 v., México, Editorial Porrúa.
- 1953-1954
- LLAGUNO, José, *La personalidad jurídica del indio y el III Concilio Provincial Mexicano, 1585*, México, Biblioteca Porrúa, n. 27.
- 1963
- SAHAGÚN Bernardino de, *Psalmodia Christiana y Sermonario de los Santos del Año en Lengua Mexicana*, México, en casa de Pedro Ocharte.
- 1583